

El plebiscito... y más allá

Sin la carga de emociones que nos agobiaron hace menos de un año, los chilenos aprobaremos el próximo domingo la reforma de la Constitución. El clima de estos días, en los cuales importa mucho más lo que vendrá en diciembre, cuando se realicen las elecciones presidenciales y parlamentarias, muestra lo mucho que cambió Chile después del 5 de octubre.

El más difícil período, el de la transición a la democracia, está transcurriendo sin traumas ni demasiadas tensiones visibles. Pero hay signos que deberían servir de alerta: la transición —irrevocable— no ha superado todavía todas las vallas y la democracia que viene tiene distinto sentido según quien la trate de definir.

La angustia de un sector de Ultra-Derecha empresarial, que se aferra a un modelo sin futuro y a un candidato sin vocación, hace recordar el viejo dicho de que la desesperación es mala consejera. La exigencia incontrolada de los sectores postergados, canalizada por quienes tienen proyectos que van más allá de la "democracia burguesa", puede llevar a encrucijadas trágicas, como ocurrió en La Pintana, el lunes 17.

Hay, incluso, cierto tartufismo ambiente, que se horroriza con el lenguaje fuerte, pero que no expresó ningún sentimiento cuando había chilenos que eran encarcelados arbitrariamente, torturados, exiliados o hechos desaparecer. Que ni siquiera ahora consigue torcer la mano de la autoridad para lograr el regreso a sus hogares de Arturo Martínez y Manuel Bustos, pese a sus declaradas buenas intenciones.

No hay duda de que este plebiscito será ganado por la mayoría que quiere un país tranquilo..., en que haya oportunidades para todos, en justicia y libertad. Pero es necesario que se entienda, también, que ello no altera sustancialmente las condiciones en que se realizó el plebiscito de 1980. El realismo político y el deseo de avanzar hacia la plenitud democrática no implican un "blanqueo" del pasado. Tampoco la moderación opositora (incluyendo la condena de los exabruptos y, sobre todo, del terrorismo) obliga a la aceptación a fardo cerrado de la violencia verbal, tan intensamente practicada por sectores oficialistas. Ni tampoco —lo que es más serio— significa la resignación ante las acciones de un gobierno que, al mismo tiempo que habla de diálogo, persiste en imponer esquemas *de facto* que la mayoría rechazaría si pudiera pronunciarse acerca de ellos.



**ABRAHAM
SANTIBAÑEZ**